

Foucault más allá de Foucault. Una política de la filosofía, de Sandro Chignola

Foucault's Politics of Philosophy.

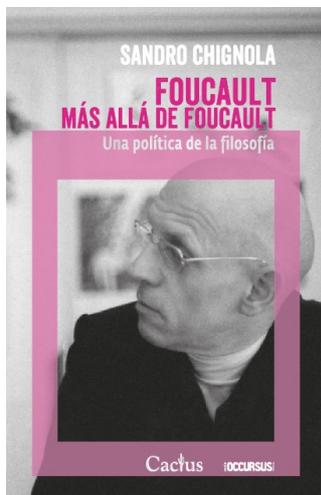
Power, Law and Subjectivity, by Sandro Chignola

Reseña bibliográfica de Sabrina Morán

Universidad de Buenos Aires,

Instituto de Investigaciones Gino Germani, CONICET.

Correo electrónico: sabrina-moran@hotmail.com / sbrnmoran@gmail.com



Datos del libro: Sandro Chignola. *Foucault más allá de Foucault. Una política de la filosofía*. Buenos Aires: Editorial Cactus, 2018, 256 páginas.

Palabras clave: Foucault, política, filosofía, crítica.

Keywords: Foucault, Politics, Philosophy, Criticism.

La reciente publicación en diversos idiomas de los últimos cursos dictados por Michel Foucault en el Collège de France ha suscitado una importante revigorización del debate en torno a su pensamiento. Las múltiples líneas de investigación que se abren a partir de ellos nos enfrentan a un Foucault tan multifacético como decididamente orientado a problematizar el presente a partir de una filosofía política actual y crítica. *Foucault más allá de Foucault. Una política de la filosofía* de Sandro Chignola¹ - originalmente publicado en italiano en el año 2014 - se inscribe en estos numerosos debates que ponen a dialogar a filósofos, sociólogos, historiadores, politólogos, en suma, todos aquellos que encuentren en el pensamiento del francés herramientas para encarar los múltiples interrogantes que atraviesan de forma transversal al pensamiento político occidental.

No es nuestra intención ensayar en este breve escrito una restitución de la trayectoria del pensamiento del último Foucault. Nuestro interés radica más bien en atender al modo en que Chignola propone un recorrido particular a través del mismo que, sin hacer de Foucault un autor sistemático, se sostiene firmemente sobre las preguntas por la verdad, la ética intelectual y la relación entre filosofía y política. Nos encontramos ante seis seminarios que, de acuerdo con la propuesta de su autor, han de ser abordados de manera autónoma, en su individualidad y en virtud del recorrido que el lector decida llevar adelante sobre los distintos tópicos que atraviesan los trabajos del último Foucault. Se trata de seminarios que versan sobre perspectivas foucaultianas atendibles en su especificidad, valiosas en su fragmentariedad, ineludibles en sus efectos y que, adicionalmente, funcionan como material de referencia para todo aquel que emprenda una labor exhaustiva en torno a los temas presentados.

Las reiteraciones y repeticiones, advierte preliminarmente el autor, aparecen en virtud de la unicidad de cada escrito y del carácter asistemático del

¹ Profesor Ordinario de Filosofía de la Universidad de Padua y de la Maestría de Historia Conceptual de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de General San Martín.

trabajo del propio Foucault. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, si el lector elige, a pesar de dicha advertencia, adentrarse en una lectura ordenada y contigua de los seminarios, encontrará una hipótesis interpretativa que, enunciada en el último seminario, articula las agudas lecturas de Chignola en torno a las líneas de pensamiento del último Foucault.

¿En qué consiste esta hipótesis? Para el autor, la pregunta por el coraje de la verdad – la *parresia* – comprende el eje que articula los principales problemas abordados por Foucault en sus últimos años de trabajo intelectual: la pregunta por la filosofía como crítica –más allá del esquema típico que divide teoría y praxis– y la analítica del poder gubernamental, teniendo en cuenta los procesos de subjetivación que tienen lugar como su contrapartida. Esto es, siguiendo a Foucault, pensar a la verdad como efecto de los dispositivos del poder gubernamental pero también como política y como acto de libertad. En palabras de Chignola: “La verdad produce instituciones, enuncia saber y poder uno en el otro, determina efectos. Lo que se trata de hacer, justamente por ello, es liberar (...) la verdad de los regímenes de “veridicción” en los que ella *pour l’instant*, y de modo siempre revocable, funciona o ha funcionado hasta ahora” (Chignola, 2018:19).

En este sentido, la tarea de la filosofía en la modernidad es para Foucault, necesariamente, una tarea política inmersa *en* la historia. La indagación en los regímenes de veridicción propios de la gubernamentalidad como dispositivo y de la resistencia emergente frente a él hace necesaria una revisión del estatuto de la filosofía, otrora rotulada como disciplina autónoma y guía de la política. Esta relativización de la filosofía de la historia impone, a la vez, la pregunta por la historia y la necesidad de dejar de concebirla en forma continuista y teleológica. La verdad es acontecimiento. Por eso Foucault, negando tanto su condición de filósofo como de historiador, se proclama *crítico* y genealogista: a partir de su revisión del célebre texto kantiano *¿Qué es la Ilustración?*, el francés ubica la tarea paradigmática de la filosofía en la modernidad en la reflexión crítica permanente

respecto de su propio presente. “Una filosofía que asume la tarea de «analizar lo que ocurre cotidianamente en las relaciones de poder», como dice Foucault, y que renuncia a los juicios definitivos, globales, unilaterales, absolutos, como aquellos que se han pretendido hasta ahora. Lo real es polémico y la filosofía está incluida en esta batalla” (Chignola, 2018: 89). La crítica es un *ethos*, una virtud, una elección, una vocación, una forma de resistencia. En este sentido, señala Chignola, tal crítica no es transcendental y no tiene como su fin hacer posible una metafísica: es genealógica en su finalidad y arqueológica en su método.

Parte de la tarea de la filosofía es separar el poder de la verdad de sus formas hegemónicas, trascender el dispositivo hobbesiano de la soberanía y desentrañar los nuevos regímenes de veridicción prestando atención a los juegos –en el sentido en que los pensarán Austin y Wittgenstein– entre poder, saber y verdad, más allá de la forma perimida del Estado. Efectivamente, Foucault se detiene en sus últimos cursos a desentrañar el doble desplazamiento de *desoberanización* de la política y del sujeto a partir de los dispositivos biopolítico y gubernamental, siempre superpuestos entre sí, ocultos durante mucho tiempo en su eficacia por el inmenso aparato estatal y su propio régimen de verdad. Un aparato estatal que bajo la hegemonía del dispositivo gubernamental se esfuma para volverse garante de la dinámica del Mercado y las libertades individuales, productor de una sociedad civil que no es ya su contrapartida, y en la cual tienen lugar los procesos de subjetivación a partir de los cuales los gobernados son producidos como sujetos libres, trabajadores y, también, resistentes. En palabras del autor:

No es tarea del gobernado, gobernar. Y esto, de alguna manera, marca una salida definitiva del léxico y de la lógica de la soberanía y de la representación: en efecto, no hay identidad entre pueblo y soberano. Esto, creo yo, es lo que orienta la genealogía de la gubernamentalidad que Foucault emprende a finales de los años setenta (Chignola, 2018: 213).

En este punto, Chignola subraya la convergencia de Foucault con ciertos puntos del pensamiento de Marx y Weber en tanto pensadores eminentes de la modernidad occidental, recuperados respectivamente en su libro en seminarios específicos. En efecto, el seminario sobre Marx es particularmente iluminador de la trayectoria político-intelectual de nuestro autor. Chignola nos propone pensar un *Foucault más allá de Foucault* en el sentido en que su amigo y maestro Toni Negri concibió un *Marx más allá de (oltre) Marx*: rastreando los efectos de sus pensamientos hasta el presente, subrayando la productividad de su filosofía. Un *Foucault oltremarxista* analiza la productividad del poder gubernamental, la manera en que los procesos de subjetivación desencadenados por sus dispositivos convierten a los sujetos en cuerpos trabajadores y la forma en que la objetividad de esta condición se desprende de su generalización. Si Marx concibe al trabajo en el siglo XIX como la esencia del hombre, Foucault lo define como un producto de las tecnologías del poder: el hombre está obligado a trabajar. Es el alma la que esclaviza al cuerpo y no a la inversa. Pero los hombres y mujeres *cuerpo* de la sociedad posindustrial no son sólo emprendedores de sí: también son cuerpos que resisten, trazando líneas de fuga.

En la historia de la clase obrera la resistencia del cuerpo individual y colectivo produjo extraordinarios procesos de subjetivación. “Contraconductas”, las llama Foucault, queriendo pensarlas más allá de las formas organizativas y las fórmulas reivindicativas del obrero-masa. Se trata entonces, hoy también, de pensar sobre este plano; el plano de la corporeidad móvil, flexible, precaria, global y mestiza, a la que se interconectan dispositivos gubernamentales de control y de valorización. Pensar nuevas tácticas de resistencia y sustracción (Chignola, 2018: 82).

En cuanto a Weber, Chignola señala que Foucault busca explícitamente distanciarse en varias de sus últimas producciones de su programa metodológico, criticando tanto la forma tipo ideal como herramienta heurística weberiana paradigmática, como la concepción de la modernidad capitalista en términos de un único proceso de racionalización. Para Foucault hay programas y dispositivos,

hay múltiples formas de racionalidad. Sin embargo, advierte solapadamente Chignola, la convergencia de las preocupaciones y preguntas del último Foucault con las del Weber pensador de la modernidad es mayor de lo que suele suponerse. En definitiva, en ambos están presentes el interés por los efectos del poder pastoral, la pregunta por la ética intelectual y la preocupación cuasi metodológica por un abordaje de la realidad histórica que es, necesariamente, parcial. Para ambos “la historia se funda sobre un contraste, sobre la selección que valoriza una serie atribuyéndole un sentido” (Chignola, 2018: 182). Para ambos, también, atreverse a conocer *-sapere aude-* implica la posibilidad de desprenderse de uno mismo en la práctica de una filosofía que, en su constitución política moderna, encara un diagnóstico del presente que tiene como condición de posibilidad el coraje y el compromiso con la verdad. “El *ethos* filosófico de la modernidad, reavivado en Nietzsche y en Weber, en la teoría crítica, y que Foucault asume a su vez como motor de su propia investigación, debe entenderse entonces como una «crítica permanente de nuestro ser histórico»” (Chignola, 2018: 176).

Como señalamos, siguiendo la línea argumental que rastreamos en *Foucault más allá de Foucault*, la pregunta por la verdad vincula la tarea de la filosofía como práctica política en el presente con la gubernamentalidad y el sujeto político que esta produce. Empezar una genealogía de la gubernamentalidad en los términos del último Foucault implica, siguiendo a Chignola, romper con el continuismo de la historia lineal, proceder por el final, y poner la atención en aquellos fragmentos que iluminen esos regímenes de veridicción. Foucault, siguiendo a Weber, emprende una práctica parcial de la historia. Una *Histoire fiction*, en palabras de Chignola. Y es a partir de una *Histoire fiction* de la antigüedad que Foucault propone una puerta de entrada alternativa a los problemas del presente. Volver a lo antiguo no en términos modélicos ni de valorización de la tradición occidental, sino buscando allí respuestas a preguntas todavía actuales. En la *parresia*, la concepción del hombre como *koinonikon zoon*, el

estoicismo que universaliza el acceso a la filosofía, Foucault rastrea prácticas de libertad erigidas en la intersubjetividad, un reconocimiento mutuo que bien puede constituir el fundamento de una política de los gobernados. En particular la *parresia*, entendida en la era de la gubernamentalidad como el discurso del disminuido que denuncia la injusticia que sufre, opera como una experiencia de subjetivación que cuestiona el monopolio de la verdad por parte del soberano, pone un límite a la sujeción, aunque más no sea en el plano discursivo –¿pero no son acaso los discursos constitutivos de la realidad en la que estamos inmersos?–. La historia de la *parresia* ha de ser reivindicada por el autor como la ficción histórica foucaultiana que expresa cabalmente la problematización del nexo entre filosofía, gubernamentalidad y subjetivación.

Nos encontramos ante un conjunto de seminarios que nos ofrecen una profundización puntillosa en las líneas de pensamiento del último Foucault, abriendo múltiples interrogantes y posibles líneas de investigación. Pero que también, fieles al estilo de su autor, nos provocan políticamente, empujándonos a revisar la ética de nuestras propias prácticas intelectuales. Si pensamos, con Foucault y más allá de él, una política de la filosofía, y entendemos, con Chignola, que en los efectos de verdad del presente con el que lidiamos nos topamos con la anticipación de posibles senderos futuros, nos encontraremos sin querer con la pregunta por la política y por la ciencia como vocación que nos planteara Max Weber hace ya cien años.

En suma, Chignola nos ofrece no sólo una lectura valiosa y trascendente del último Foucault, sino también la posibilidad de plantearnos nosotros mismos la siempre urgente –pero muchas veces olvidada– pregunta por la ética del trabajo intelectual, las consecuencias políticas de las prácticas filosóficas que emprendemos, la ausencia de inocencia y neutralidad de nuestros dichos y escritos, la inscripción de nuestros discursos en un *pathos* moderno. El coraje de la verdad implícito en la política de la filosofía.